



Juan de la Rosa o el mestizo huérfano hispanizado como fachada de modernidad

Mercedes Mayna-Medrano

En el siglo XIX, surge el tropo del mestizo huérfano.¹ Esta figura condensa los deseos de las élites criollas y su intento por “resolver” el llamado problema indígena, especialmente en una Bolivia derrotada por Chile después de la Guerra del Pacífico (1879-1883).² El presente artículo tiene como objetivo central analizar la canónica novela fundacional boliviana *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la independencia* (1885) del cochabambino Nataniel Aguirre. Mi hipótesis es que, a través del uso del modo expresivo melodramático, el autor pretende borrar la herencia indígena en los mestizos cochabambinos. Pero, a la vez, presenta cierto mestizaje hispanizado como un resultado no problemático, y como el único camino hacia la modernización y la “superación” del llamado problema indígena. Entonces, la novela melodramática, donde las fuerzas del mal afectan la vida del huérfano protagonista, es la única forma expresiva que le permitiría a Aguirre intentar resolver ficcionalmente una realidad material en conflicto, donde coexisten modos de producción coloniales y capitalistas. Evidentemente, pese al uso del modo melodramático, estas contradicciones materiales no se pueden resolver en el texto.

Por un lado, el autor mitifica en su ficción al pueblo cochabambino como a un protagonista histórico de la era republicana boliviana y, así, logra que deje de ser el “huérfano” a nivel nacional debido a las políticas liberales económicas y sociales que, a finales del siglo XIX, en Bolivia, se intensificaron.³ Por otro lado, Aguirre parece ver como un problema el aceptar a los mestizos con toda su herencia cultural, social y económica indígena, la cual se asocia con el imaginario de las élites bolivianas de finales del XIX con lo colonial, como el tributo indígena, el pongaje, y las formas comunales de organización y trabajo, muy contrarias a la ideología liberal que el autor defiende.⁴

Este artículo, entonces, explora en la novela el llamado problema indígena. Esta manera de abordar, desde las élites, la situación indígena como un problema que impedía la modernización nacional en el siglo XIX, ejemplifica lo que el pensador José Carlos Mariátegui argumenta como el modo erróneo en que la realidad socioeconómica de las comunidades indígenas se ha discutido desde las élites liberales, ya que se la ha entendido solo desde una perspectiva administrativa, pedagógica, étnica o moral (39), cuando en realidad es un problema material, es decir, económico y social, como la sobrevivencia de

modos feudales-coloniales de producción. En ese sentido, es evidente que Aguirre considera que la manera de “resolver” el llamado problema indígena es a través de una “mejora” racial y, por lo tanto, postula la necesidad de un mestizaje hispanizante. Sin embargo, en el análisis de la novela, el aspecto económico es central para reconocer las inconsistencias del proyecto ficcional en *Juan de la Rosa [JDR]*, las cuales se intentan solucionar a través del uso del modo expresivo melodramático.

Sobre la idea del mestizo hispanizado, que es parte fundamental de este artículo, es importante mencionar que este término sirve bien para calificar al protagonista Juan de la Rosa, pues este se define racialmente a partir de coordenadas española-criolla-blancas y, además, su educación se entiende desde parámetros occidentales. Reconozco lo problemático de la etiqueta de mestizo, especialmente para una sociedad como la boliviana, cuyos intelectuales, como Arguedas, Tamayo y otros durante el siglo XX, lo asociaron con el caudillo y, por lo tanto, lo describieron como perverso, degenerado y corrupto (Irurozqui 190). Actualmente, como menciona la teórica andina Silvia Rivera Cusicanqui, la idea del mestizo devino en un colonialismo interno, el cual impide reconocer la complejidad del mestizaje: “El mestizo o la mestiza que creen que hay una salida, una síntesis y una ‘tercera república’, sustentadas en el olvido de las contradicciones que habitan sus múltiples pasados, lo único que han creado es una zona de malestar, doblez e indeterminación que conduce a la penumbra cognitiva y al deterioro ético” (78).

En este artículo, el aspecto racial no se reconoce como una identidad fija, sino como un *continuum* que se construye social e históricamente. Evidentemente, en oposición a esa mirada compleja de lo mestizo, Aguirre lo presenta como un resultado natural, desproblematizado y orgánico de la combinación entre lo blanco/criollo/rico y lo indio/“cholo”/pobre.

Respecto de la idea de “cholo” en Bolivia, el investigador Javier Sanjinés menciona que los mestizos que se acercaban al polo indígena dominado serían los cholos: “Hacia finales del siglo XVIII la sociedad colonial había conformado ya un polo criollo-mestizo dominante y un polo subalterno cholo-indio” (58). De esta manera, el mestizo aindiado es el cholo. Es a este mestizo aindiado y a los indígenas a los que Aguirre acusa de ser culpables de la pérdida de la Guerra del Pacífico: “una de las explicaciones que se daba de la derrota militar era que el indio y el mestizo—quienes componían las tropas bolivianas en su mayoría—no eran buenos soldados, porque no sabían ‘ser patriotas’” (Paz Soldán 46). En ese sentido, se revela que la guerra produjo una crisis sobre la identidad criolla boliviana y su intento por encontrar entre los indígenas y los mestizos aindiados a los responsables de su derrota. En contraste, será a ese mestizo apegado a lo criollo, y que llamo hispanizado, al que Aguirre immortalizará míticamente en *Juan de la Rosa*, que cuenta la historia del huérfano Juanito y sus vivencias en los convulsionados años de las luchas por la independencia en Bolivia, especialmente en Cochabamba.

Este libro puede considerarse una novela melodramática histórica con un protagonista huérfano en la que se propone que el camino hacia la reconstrucción nacional pasa por la necesidad de un mestizaje hispanizado después de la derrota ante Chile. Esto tiene sentido si, como sostiene la crítica Diana Pazicky, “the fact that orphan imagery tended to erupt at

times of challenge and crisis supports its grounding in specific historical events and its connection to identity issues” (xiii). Uno de los eventos críticos del siglo XIX boliviano fue la pérdida de la guerra ante Chile, a la cual “Aguirre eludió referirse en su obra literaria [. . .]—aunque ella estuviera presente como una sombra” (Rodríguez 34). Desde esta lectura, el autor de *Juan de la Rosa* vuelve a narrar la época de la independencia, porque “trató de compensar el desastre moral y anímico causado por la derrota en la Guerra del Pacífico y rescatar las fuerzas históricas y epónimas desde las cuales regenerar Bolivia, excluyendo a los indígenas” (34).

De esta manera, esta novela presenta el tópico melodramático del huérfano. Considero que el modo melodramático, entendido desde las ideas de Peter Brooks como “as a certain fictional system for making sense of experience, as a semantic field of force” (xiii), ayudará a algunos escritores, como Aguirre, a darle sentido a la realidad de cambios y crisis económico-sociales que vivió la región andina después de la Independencia y la Guerra del Pacífico. En el caso del huérfano, esta figura ha sido parte del melodrama clásico, especialmente porque “[m]elodrama is replete with much-scorned coincidences, with deus ex machina, and with the tricks of switched babies, mistaken identities, and the stirring moment of reconnaissance, or discovery of true identities” (Stites 26). En el caso específico del huérfano, este personaje es perfecto para una trama melodramática, pues ya se le considera como un personaje doliente: “Added pathos arose from inflicting evil on the already afflicted—the poor, the female, the weak, the child, the orphan, the blind, the deaf, the slave, the convict” (26). Juanito de la Rosa es justamente este sujeto huérfano sufriente al que ciertos personajes, como los representantes de las fuerzas del mal, someten a nuevas dolencias. De la misma manera, como argumenta el investigador Zhen Zhang, “the orphan tale inspires a melodramatic imagination of the modern nation built on an admixture of old and new sociocultural forms and ethnopolitical values” (85). En ese sentido, el modo expresivo melodramático se vuelve esencial en el intento de formar una nación moderna, y la posibilidad de representar sus tiempos y espacios heterogéneos.

En *Juan de la Rosa*, encontramos la figura del huérfano (re)fundacional, el cual se presenta de manera melodramática. Al desmontar este modo expresivo, se analiza la función que la literatura cumplió en relación con ciertas políticas socioeconómicas de modernización e ideologías de exclusión del momento. Asimismo, se estudian los efectos que tuvieron la resistencia indígena y la persistencia material de su herencia sobre la elección de Aguirre de escribir una novela melodramática basada en hechos históricos. En ese sentido, el uso del género de la novela histórica puede entenderse como parte de una tendencia importante en el siglo XIX latinoamericano:

[E]sa vuelta al pasado en Hispanoamérica supone más que una búsqueda, una aspiración con la que se promete construir la identidad de las (*sic*) nuevos estados nacionales, ya que, más que indagar en el pasado el origen de su identidad, se proponen inventarla o mejor dicho, en términos de Benedict Anderson, ‘imaginarla’. (Quirante 93)

Para el caso específico de esta novela de finales del siglo XIX, la invención o la creación de mitos sobre la identidad parece central, especialmente luego de un evento como la pérdida

de la guerra que cuestionó lo logrado por las élites criollas después de sus luchas contra el imperio español. La posibilidad de refundar la nación volviendo a hechos históricos del pasado es, entonces, una de las intenciones claras del libro, el cual abiertamente discute la relación entre historia y literatura.

Como menciona el crítico Marcel Velázquez: “[v]olver a narrar el tiempo heroico de los orígenes políticos constituye una religación moral de la sociedad en momentos de cambios y crisis, pero también formaliza las temporalidades heterogéneas concurrentes y los borramientos de algunos sujetos sociales” (174). En el caso específico de *Juan de la Rosa*, se pretende borrar a las comunidades indígenas, su herencia cultural y afectiva, así como sus modos de producción. La presencia de este mestizo huérfano afectado por las fuerzas del mal evidencia cómo esta novela intenta conciliar la historicidad de los hechos narrados con la ahistoricidad del sufrimiento del huérfano a manos de los representantes del mal. Esto sucede porque es solo a través del uso del modo expresivo melodramático que Aguirre cree que podrá resolver una realidad material andina conflictiva, donde se cree que el llamado problema indígena impide la modernización nacional y regional, y que su solución es únicamente de tipo racial, a través del blanqueamiento.

Evidentemente esto puede parecer una contradicción, pues propongo combinar la descripción declaradamente objetiva de hechos históricos con tramas en que las fuerzas ahistóricas del mal actúan sobre la vida de nuestro héroe huérfano sufriente para hacerla aún más dolorosa. Esta aparente contradicción puede entenderse si seguimos las ideas del investigador Roberto Schwarz: “To achieve harmony with reality, the writer would have to repeat this dislocation [de las ideologías que diferencian la realidad europea de la latinoamericana] on a formal level if he was to keep up with the objective complexity of his material—no matter how closely he followed the example of the master” (41). En otras palabras, el intento por seguir de cerca el género europeo de la novela histórica ocasionó un efecto en el plano estético al trasladarlo al contexto latinoamericano andino, ya que debió entrar en congruencia con su realidad material específica. Mi análisis establece cuáles eran estas realidades concretas del mundo andino que tienen un efecto sobre la forma estética que Aguirre escogió para presentar su ficción. Con ello, además, se evidencia la fuerza que el modo expresivo melodramático tuvo para la narrativa andina del siglo XIX.

La novela fundacional boliviana y su contexto histórico: entre las políticas liberales y la Guerra del Pacífico

Nataniel Aguirre fue, según el investigador Fernando Unzueta, un letrado, tal y como lo describió Ángel Rama, ya que ocupó cargos políticos. Pero, a su vez fue un intelectual y un literato (200). Sanjinés, al respecto de su desempeño como político, menciona:

[I]ntervino en las discusiones que dieron lugar a la Ley de Exvinculación de las tierras, de 1874, con la cual se declaró jurídicamente extinguida la comunidad indígena y se prescribió la parcelación individualizada de las tierras comunales [. . .] también promovió la reforma del sistema tributario con el objeto de aplicar un impuesto universal a la propiedad, en sustitución de la ‘contribución indigenal.’ (43)

Visto de esta manera, Aguirre es un representante del liberalismo en Bolivia y de sus políticas que, poco a poco, fueron afectando a las comunidades indígenas y sus herederos durante el siglo XIX. Queda claro que el autor formó parte activa de uno de los procesos que para Mariátegui causaron la disolución moral y material de las comunidades indígenas durante el siglo XIX y el XX (36): el despojo de sus tierras en ventaja del latifundio (68).

Juan de la Rosa se considera como la novela nacional fundacional boliviana, la cual presenta y discute el vínculo entre historia y literatura.⁵ Mi análisis dialoga con la lectura del valor fundacional de la novela, que sigue las ideas de Sommer, así como con el borramiento indígena. Pero, también aporta una mirada hasta ahora ignorada sobre estos aspectos. En principio, leo la presencia del huérfano Juanito no solo desde una perspectiva nacional y política, sino también desde una mirada regional, material-económica y estética, que permita evidenciar cómo, para finales del siglo XIX, la región de Cochabamba se siente como la huérfana nacional, ya que se ve afectada por una serie de medidas económico-liberales. De la misma manera, es interesante pensarla más allá de las guerras de independencia y la fundación nacional, y también en relación con la Guerra del Pacífico, la necesidad de la refundación nacional a través del mito del mestizo y los efectos sobre el modo en que se intentaba “resolver” desde las élites el llamado problema indígena. En ese sentido, el borramiento de lo indígena no solo se vincula a un proceso lineal que empieza con la separación de Bolivia de España, sino que se intensifica hacia finales de siglo, cuando se acusa a esta población de falta de patriotismo y de ser un retraso por sus modos de producción, su propiedad comunal de tierras y sus formas afectivas supuestamente no modernas.

Mi análisis se enfoca en el contexto socioeconómico de Cochabamba de finales del siglo XIX. Desde una lectura superficial, el discurso extendido y hegemónico que Cochabamba ha construido históricamente sobre su mestizaje (Tórrez 25), al ser una región mestiza dentro de un país con una mayoría indígena como Bolivia, sería el motivo por el cual Aguirre representa una Cochabamba mestiza hispanizada y justifica el borramiento de lo indígena durante las luchas por la independencia. Sin embargo, como analizo, existe una serie de estrategias estéticas que evidencian los propósitos ideológicos detrás del uso del modo melodramático que elige para presentar la vida de nuestro mestizo huérfano hispanizado.

Si bien el contexto económico de Cochabamba fue especialmente diferente al de otras partes del altiplano boliviano, pues “a fines del siglo XIX contaba con la mayor población cholo-mestiza y la clase rentista de campesinos propietarios más activa del país” (Salinas 5), no se puede negar que existió un grupo importante de indígenas y que el proceso de mestizaje estuvo fuertemente vinculado con el pago del tributo indígena, el cual sostuvo al gobierno “moderno” boliviano en gran parte del siglo XIX (Larson, “El legado” 380). En el caso específico de Cochabamba, “[a]l no haber ningún incentivo de mantener los impuestos [o sea, tierras comunales que repartir], la población tributaria disminuyó un 38% entre 1838 y 1877, de 11.067 a 6.828” (383). Muchos entonces “pasaron” de ser indígenas a cholos o mestizos; es decir, se produce un “blanqueamiento” gradual de la población (384) debido al despojo sistemático de las tierras comunales durante el siglo XIX.

No obstante, pese a este constante proceso de mestización que vivió Cochabamba y que Aguirre representa en *Juan de la Rosa*, a través del intento de borrar la herencia indígena en esa zona a finales del siglo XIX, esta se resiste a desaparecer completamente de la ficción creada:

La entrada de lo popular en la novela no solo se lee desde la participación política y en la lucha armada, sino también en la construcción de un imaginario ligado fuertemente a la heterogeneidad proveniente de lo regional ‘valluno,’ donde se realza lo rural, la religiosidad, las comidas tradicionales, la chicha y las chicherías y, por último, el uso del quechua. (Salinas 15)

Desde la lectura de Salinas, Aguirre “al abrir el espacio de lo popular abre inevitablemente más allá de todo movimiento de exclusión la puerta a lo indígena y lo cholo” (16). Es decir, hay una resistencia de los elementos populares, indígenas y cholo-mestizos en la novela, que sobreviven en el texto, pese al intento del autor de borrar cualquier presencia indígena directa o de herencia. Esto se debe evidentemente a la importancia de estos elementos en la realidad material que el autor intenta representar.

Aguirre, en cambio, vincula lo popular solo al pueblo cochabambino mestizo, el cual exalta a través de su gesta épica nacional de lucha por la independencia. Esto se debe al lugar secundario que Cochabamba asume a nivel nacional cuando se hacen cada vez más fuertes las políticas liberales por parte del Estado boliviano en el siglo XIX:

Cochabamba, aislada y relegada por las otras regiones, tratará de modernizarse, mientras sus élites—que dependían de los sectores populares mestizo-indígenas para subsistir—buscarán que la región no quede rezagada ni aislada del comercio internacional durante el auge de la exportación de metales [. . .] Los proyectos y leyes que buscaban la modernización de la región se extendieron en todo este período y muchas veces terminaron creando una fachada de modernidad bajo la cual persistía una sociedad y una economía todavía ancladas en las estructuras coloniales. (Salinas 5-6)

La presencia de este mestizo huérfano, entonces, ayudará a crear una ficción que sostenga esa fachada de modernidad. Por ello, así como para Aguirre los indígenas o los mestizos aindiados fueron los responsables de la pérdida de la Guerra del Pacífico, en la novela son también culpables de la imposibilidad de “alcanzar” la modernidad, con sus estructuras culturales, sociales y económicas premodernas, e incluso con sus formas de sentir (no) patrióticas.

En ese sentido, un huérfano varón mestizo hispanizado, que represente valores ideológicos ilustrados occidentales, que sea testigo de la lucha por la libertad de toda la patria, se conmueva ante los horrores de la guerra—es decir, que presente una subjetividad moderna y, por lo tanto, que sea un revolucionario legítimo—es un elemento central para poder (re)construir un país y una región postguerra, capaz de dejar atrás su historia colonial e

ingresar a la vida moderna. El huérfano mestizo hispanizado, entonces, no solo sería una metáfora para la nación boliviana al separarse de España, sino también de la región de Cochabamba de finales del siglo XIX en la Bolivia republicana.

La historia sufriente del huérfano Juanito: análisis del componente melodramático

La novela está narrada en forma de memorias por un anciano, Juan de la Rosa. El hecho de que lo que leemos sean sus recuerdos presenta ya un problema entre historia y literatura, pues, finalmente, el mismo autor avisa que su interés principal es “un reflejo de antiguas costumbres, otras cosillas, en fin, de que no se ocupan los graves historiadores” (4). Por lo tanto, nuestro huérfano narrador, ahora padre fundacional, cree que su trabajo literario es evidenciar aquellos acontecimientos del que los historiadores no se ocupan necesariamente, al estar enfocados en los grandes personajes históricos. Su interés está en las personas del pueblo en su lucha por la independencia. Por ello, habría elegido el género de la novela histórica. Sin embargo, esta novela melodramática se estructura no solo a partir de hechos históricos, sino también a través de los sufrimientos vividos por el protagonista: Juanito. El primer momento de dolor para el niño es la muerte de su madre:

¿Quién consiguió arrancarme a viva fuerza de entre los brazos aquel cuerpo rígido y helado, que yo estrechaba pidiendo que me sepultasen con él, si yo no podía comunicarle mi propia vida? [. . .] ¿qué vi, qué oí estúpidamente en los momentos en que faltaron lágrimas de mis ojos y no resonaron mis propios gritos de dolor en mis oídos? (*JDR* 49)

Como se observa, la escena que se describe es ciertamente melodramática. El niño acaba de darse cuenta de que su madre ha muerto. Es más, siente tanto dolor que no puede derramar lágrimas o emitir gritos, pero no porque no sufriera profundamente, sino porque parece que el cuerpo ya no puede responder ante ese inmenso dolor.

Rosa, la madre de Juanito, es un personaje esencial para la caracterización mestiza hispanizante de nuestro personaje principal:

[E]ra una joven criolla tan bella como una perfecta andaluza, con larga, abundante y rizada cabellera; ojos rasgados, brillantes como luceros; facciones muy regulares, menos la nariz un tanto arremangada; boca de flor de granado; dientes blanquísimos, menudos, apretados, como sólo pueden tenerlos las mujeres indias de cuya sangre debían correr algunas gotas en sus venas; manos y pies de hada; talle airoso y gentil. (6)

Aguirre presenta a Rosa como una mestiza más criolla y andaluza que indígena, y en la cual solo hay unas gotas indígenas en su piel. Pese a esto, no quedan dudas de su filiación mestiza, pues es la hija del rebelde mestizo Calatayud.⁶ En ese sentido, la descripción de Rosa representa la herencia racial de Juanito, la cual es más blanca e hispana que indígena.

Asimismo, la muerte de la madre es una clara consecuencia de la maldad colonial que se impone y sobrevive a través de sus instituciones familiares y económicas, como el

mayorazgo.⁷ Rosa se enferma, por primera vez, por trabajar demasiado, cuestión que se hubiera evitado si su hijo hubiera heredado las tierras de su padre: “Corrí llorando a rodear con mis brazos el cuello de la heroica madre que por mí se moría en silencio, e inundé su angélico rostro de besos y de lágrimas” (17). De hecho, cuando Rosa muere, Fray Justo, la figura paterna de Juanito, asegura que su deceso es consecuencia del interés de doña Teresa Altamira por quitarle a su hijo: “¡La han asesinado! No hubo remedio, en efecto, para salvarla...se moría, se moría velozmente” (48). De esta manera, el huérfano sufriente en pobreza queda ahora nuevamente atacado por las fuerzas del mal, representadas en doña Teresa quien encarna lo colonial dentro de la novela.

Sobre este aspecto, habría que observar la reticencia que tiene Rosa para llamar a Juanito hijo: “Pero ella me llamó solamente ‘el niño’, menos dos o tres veces en las que la palabra ‘hijo’ se le escapó, como un grito irresistible de la naturaleza” (5). Esto, además, se vincula con el hecho de que nunca le revelara su origen: “Pero nunca, jamás quiso revelarme nada de mi origen, ni de qué modo se vio reducida a buscar nuestro sustento con el trabajo de sus manos” (18). Las razones por esto parecen ser, en principio, morales. Sin embargo, también, se protege dentro de la novela, con su negativa, al mayorazgo Altamira, como sistema de herencia y sus modos de producción. En esto podemos seguir a Pazicky para el tópico del huérfano en la novela decimonónica americana: “Slave society was matrilineal, with the child’s status determined by the mother, which protected masters who fathered children by slaves from obligations of paternity and ensured that slave children would have no legal rights” (180). Con su silencio, Rosa, la mestiza e hija del gran rebelde mestizo Calatayud, protege a la institución colonial del mayorazgo, ya que permite que se sigan perpetuando estas formas coloniales de producción, donde “[t]his inheritance pattern [el del patrimonio vitalicio como herencia para el hijo mayor] hindered a fluid market in land and concentrated power in wealthy families” (Mirow 65). Como se ve, esta manera de manejar las tierras, la cual se vinculaba también con la de la propiedad comunal de los indígenas, estaba, en sentido estricto, en contra de las ideas liberales postuladas por Aguirre.

Sin embargo, si bien la novela nos presenta que el mayorazgo es una institución que debe ser eliminada, con sus modos de producción, por premoderna y colonial, ni Rosa, ni Fray Justo ni Juan de la Rosa se enfrentan con ella directamente, sino que, con su silencio, la perpetúan. Esto evidencia lo que Mariátegui sostuvo: “El liberalismo de la legislación republicana, inerte ante la propiedad feudal [como el mayorazgo], se sentía activo sólo ante la propiedad comunitaria [indígena]” (60). Al respecto, como dice Ana María Paz Soldán: “la familia nuclear [de Juan y su esposa Mercedes] es también confrontada con otra forma de organización social, que la novela postula como implícita al de la familia mayorazgal, y es la de las comunidades indígenas” (51). Sin embargo, si leemos esta idea desde la perspectiva de Mariátegui, y bajo el lente de las contradicciones de la novela, la crítica al mayorazgo es débil, mientras que el intento de eliminar cualquier presencia indígena en la novela se hace de manera muy evidente, lo que revela el constante despojo material al que se sometió a estas comunidades durante el siglo XIX en Bolivia.

Por ello, Rosa, Fray Justo y Juanito no desafían esta institución colonial económico-familiar sino que, a través de estos elementos, la novela revela las contradicciones materiales de los proyectos de modernización y la supervivencia de modos coloniales de producción que

fueron necesarios en la Bolivia de finales de siglo XIX. Esto se comprueba a través del hecho de que el Estado boliviano vivió durante muchos años del tributo indígena, basado en el mantenimiento de tierras comunales. Esta es una de las contradicciones que la ficción intenta superar, pero que materialmente existen y no pueden eliminarse, y que, por lo tanto, no se pueden “resolver” a través del uso del modo expresivo melodramático.

Con la muerte de Rosa, entonces, queda roto el único vínculo maternal-biológico de Juanito, el cual se reemplazará con el de doña Teresa Altamira, quien cumple con todas las características de una anti-madre, desde el aspecto físico hasta el carácter: “Una señora, ni joven, ni vieja, mucho menos obesa que el Padre, pero más que simplemente gorda, de color enfermizo, ojos pardos de dura mirada, nariz recta, boca grande casi sin labios, barba muy saliente y aire de extremo orgullo con fingida humildad” (*JDR* 51-52). Doña Teresa, como se ve, se presenta desde el inicio de su descripción como lo opuesto a Rosa, la madre de belleza criolla-andaluza de Juanito.

Será en su casa donde el protagonista sienta más su calidad de huérfano, pues no solo queda marginado por doña Teresa, sino también maltratado por los sirvientes de la casa, especialmente por el zambo Clemente: “En primer lugar la cara de Clemente, más risueña cuando me miraba, me decía que el monstruo estaba contentísimo de poder atormentarme y de haber encontrado un ‘sufre dolores’ mejor que el pobre *pongo*, a quien dejaba ya más tranquilo” (74). Como se observa, la posición de Juanito en esta casa es peor que la del sirviente indígena-pongo. Entre los actos que Clemente comete para atormentar a Juanito, están darle la comida fría, trazar una línea que limitara sus movimientos dentro de la casa y hacer que los hijos de doña Teresa le hicieran bromas crueles, entre otros. Por ende, la convivencia de Juanito en la casa de la realista Teresa Altamira es de mucho sufrimiento. Los únicos dos aspectos que alivian su estancia son la pequeña hija de doña Teresa y los libros que encuentra en la biblioteca, pero que nadie lee. Sobre esto, “[n]o deja de ser paradójico que la filiación cultural con el mundo hispánico del personaje principal se ratifique constantemente a través de los libros leídos (Cervantes, Herrera, Calderón Moreto, etc.) mientras que en su accionar él se pliega a la lucha política en pro de la independencia de la misma España” (Velázquez 171).

De esta manera, la presencia de Juanito en la casa de Teresa Altamira significa una manera de continuar su educación hispánica, la cual se inició ya con Fray Justo al leer el *Quijote*. Esto revela otra contradicción dentro de la ficción que Aguirre crea. Muchos críticos, como Skinner (1999) y Cornejo Polar (2003), entre otros, han notado que Juanito renuncia a su herencia Altamira y a su filiación paterna-criolla-hispana, pero es, finalmente, hijo de un criollo y su tío biológico, Fray Justo, se convierte en su “padre intelectual” (Velázquez 169). Este personaje es central en la novela, pues, al proteger a Juanito, reemplaza a su padre biológico (Paz Soldán 47). Por lo tanto, el mestizo patriota que Aguirre crea resulta ser mucho más hispano de lo que debería. Con esto, se revela el tipo de ciudadano mestizo de ideología occidental-hispanizante que el autor propone.

Las fuerzas del mal siguen persiguiendo al huérfano, ya que, después de sentirse en familia con Francisco Nina, arrendatario de doña Teresa, debe ser testigo de su muerte y del resto de su familia debido a las luchas por la independencia. Si bien estos acontecimientos

históricos sucedieron y afectaron a la población de Cochabamba, la novela no deja de recalcar el efecto melodramático sobre la vida del huérfano, ya que, por segunda vez, ha perdido a lo que puede considerar una familia para él: “Cuando llegamos a nuestra casita—digo nuestra, porque yo, pobre huérfano, la iba considerando como hogar de mi propia familia” (*JDR* 110). El enfrentamiento de las huestes patriotas cochabambinas contra el ejército realista solo deja en el protagonista, nuevamente, un sentimiento de orfandad absoluta, además, a la vez, de un cuadro desgarrador:

[C]erca de él los cadáveres del arrendatario y su hijo, estrechamente unidos entre sí, indicaban que si no los habían muerto abrazados, se buscaron arrastrándose para morir con las manos enlazadas. Corrí dando gritos a la casa; pero tropecé en la puerta con otro cadáver, que creí sería el de Petrona [. . .]—¡Dios mío! no sé, no comprendo cómo puedo escribir estas cosas—, me pareció ver en el suelo, o vi más bien realmente, porque había sido una verdad horrible, el cuerpo de Mariquita tendido de espaldas. (120)

La cita anterior refleja cómo el niño Juanito vive los efectos de la guerra desde una perspectiva afectivo-personal, pues observa los cadáveres de aquellas personas que considera como su familia adoptiva. Estos recuerdos se anuncian con un exceso afectivo, por lo que el mismo anciano Juan de la Rosa no entiende cómo llega a articular tales ideas y escribirlas.

Es importante también que aparezca Alejo en esta escena. Este personaje es el primo mestizo de Rosa, madre del protagonista, pero, a diferencia de ella, se describe de la siguiente manera: “Cobrizo, de más que mediana estatura, fornido, de cabeza al parecer pequeña enclavada en un cuello de toro; ancho de pechos y un tanto cargado de espaldas, con manos y pies descomunales, parecía la personificación de la fuerza” (11). Aunque no se dice de manera directa, Alejo entraría más en la categoría del mestizo aindiado/cholo. Este personaje comparte el dolor de Juanito: “Vino llorando; sollozaba más que yo que era un niño [. . .] ¡qué estoy diciendo!, lloraba y sollozaba, debo decir, como lo hacen siempre esos hombres fuertes y sencillos, esas rudas naturalezas que son puro corazón para amar a los que saben hacerse amar!” (121). De esta forma, Juan, el mestizo hispanizado, y Alejo, el mestizo aindiado/el cholo, comparten la posibilidad de conmovirse y de llorar. Se crea entre ellos un sentimiento compartido, una comunidad sentimental melodramática, que presenta a Juanito como la figura que encarnaría lo mestizo en la Cochabamba del siglo XIX, pues participaría con el mestizo aindiado de un mismo tipo de sentir y conmovirse. Sin embargo, como la misma cita lo muestra, Juanito, el niño, se asombra de que Alejo lllore más que él, lo que evidencia su superioridad frente al mestizo aindiado adulto. Sobre la base de esta idea, discrepo de la lectura de García Pabón de este personaje. Para él, Alejo cumple un papel paterno igual de importante que el de Fray Justo (78). Sin embargo, como vemos, Juanito siempre se presenta como superior a Alejo. Como analizaré más adelante, este predominio se hará más evidente cuando se representa en la novela al colectivo mestizo aindiado y afroboliviano, en el cual Alejo participa.

Respecto a la representación indígena, esta es aún más problemática. Francisco Nina deja a Juanito bajo el cuidado de un indígena: “El Tata Tuli volvió a arrastrarme consigo; pero yo oía tiros de fusil por el lado de nuestra casita; sentía estremecimientos nerviosos en todo mi

cuerpo; deseaba ir allí a toda costa, [. . .]—¡Huyamos! ¡huyamos, por Dios!—gritaba el indio desesperado” (*JDR* 119). Como se observa, no solo es que el indígena Tata Tuli sea un cobarde frente a las balas, sino que su actitud se contrasta con la valentía del niño mestizo hispanizado, quien desea ir hacia donde se encuentra la acción de los hechos, pues su familia adoptiva está en peligro y su amor a la patria lo llama. En contraste, desde la perspectiva de la novela, los indígenas no pueden sentir este amor patrio. No solo pertenecen a un mundo colonial por sus modos de producción, sino que no han desarrollado el sentimiento moderno del amor a la patria, como el resto de cochabambinos.

Asimismo, después de su encuentro con Alejo, este lleva a Juanito a la casa de otro indígena: “—A los otros—prosiguió impasible mi interlocutor—, los han enterrado sin responsos, en unas zanjas muy largas y hondas que hicieron todos los indígenas de las comunidades de Olmos-Rancho y Payacollo” (124). El indígena parece no compartir tipo de sentimiento de horror o misericordia alguno ante la guerra, diferente a Alejo y Juanito. Es más, parecería que las comunidades indígenas pasan este tiempo totalmente separadas de los eventos históricos, como si no las afectara en absoluto: “¡Esto más!—me dije a mí mismo, y me puse a llorar, mientras que el indígena seguía mascando su *aculli*, con esa indiferencia que el hábito del sufrimiento ha dado a su raza oprimida, para todos los dolores y miserias de la vida” (125). Esta representación de los indígenas como poco patriotas intenta invisibilizar la activa y protagónica participación de estas comunidades durante la guerra de la independencia. Se sabe que *Juan de la Rosa* dialoga intertextualmente con *Diario de un comandante de la guerra de la independencia. 1814-1825* de José Santos Vargas. Como sostiene Mercado, siguiendo la tesis de Raúl Paredes, una de las diferencias principales entre la novela y el texto de Vargas es el reconocimiento y la agencia de los indígenas: “Vargas entrecruza en su narración relatos legendarios a los acontecimientos estrictamente acaecidos. Uno de ellos es del guerrillero capitán de indios Miguel Mamani” (100). Por lo tanto, es importante reconocer que la ficción de Aguirre esconde este tipo de comportamiento patrióticamente activo de los indígenas. Como hemos visto, no existe indígena alguno que se comporte de manera valiente y patriota en la novela.

La segunda figura de maldad que esta novela melodramática nos presenta, y que se vincula con las atrocidades de la guerra vividas por Juanito, es el personaje histórico de José Manuel de Goyeneche y Barreda:

El mal americano, el indigno compatriota de Melgar, podía considerarse dueño de los destinos del Alto Perú en aquel momento y prometerse la muy próxima realización de los sueños en que se mecía su alma pérfida y vulgar [. . .] Nada le importaba el clamor de sus hermanos, de esos inquietos criollos, de esos despreciables mestizos, de esos embrutecidos indios entre los que había nacido. (*JDR* 182)

Como se observa, la descripción que se ofrece de Goyeneche es melodramática, ya que su maldad se evidencia con su alma pérfida. Este personaje histórico representaría a aquellos criollos que, en lugar de luchar por la causa patriótica, defendían el poder colonial. Considero que este comportamiento malvado de Goyeneche queda confirmado con la lucha que entabla con Fray Justo, figura patriota y paternal: “presenciamos atónitos aquella lucha,

que terminó al cabo de un modo desastroso para él [Fray Justo]; porque el caballo concluyó por derribarlo y pisarlo en el suelo, revolviéndose después enloquecido, para arrebatar de allí a su jinete abrazado de su cuello, impotente ya para darle ninguna dirección” (228).

El cuadro que se nos describe es uno en el que parece que las fuerzas del mal y del bien combaten ferozmente. Al final, será el caballo de Goyeneche, animal asociado, además, a la invasión española, el que termina golpeando a Fray Justo, llevándolo a la muerte, mientras, además, salva a su propio dueño. En ese sentido, estas fuerzas malignas eliminan a uno de los personajes centrales en la novela no solo por su lucha patriota, sino por el papel paternal en la vida del huérfano Juanito.

Asimismo, en oposición a Goyeneche y su ejército, la novela presenta la fuerza patriótica del pueblo de Cochabamba. Se destaca su valor y su intervención histórica en las guerras por la independencia:

No era posible que Goyeneche, ni nadie en su lugar se resolviese a dejar a sus espaldas un adversario como el pueblo cochabambino que, si desarmado como estaba era muy débil ante un ejército bien organizado y aguerrido, tenía en cambio una actividad incansable y hasta febril para revolver todo el Alto Perú en un momento, difundiendo su odio tradicional a la dominación española. (83)

La fuerza del pueblo cochabambino no se basa en su organización ni el número de sus miembros, ni en las armas con las que cuenta, sino que es afectiva, pues se apoya en el odio hacia los españoles y en el amor a la patria que hacen que su resistencia sea temida por Goyeneche.

Sin embargo, esta representación, que exalta la labor patriótica del pueblo cochabambino y su injerencia histórica, es problemática: deja de ser el pueblo patriótico y aguerrido para ser leído como una turba a través de una clara referencia a las razas no blancas involucradas. En ese sentido, se deslegitima su capacidad revolucionaria:

Reconocí, por último, a Alejo, el Mellizo, el Jorro y otros cuyos nombres no recuerdo, que capitaneaban a la turba, la excitaban y le comunicaban el furor salvaje de que estaban poseídos. El primero blandía en el aire su barreta [. . .] El Jorro, a quien presento por primera vez a mis lectores, era, como lo indica su apodo, un mulato libre, de aquellos que siempre tuvieron la peor fama en el país. Estaba armado hasta los dientes y ebrio como el Mellizo. (201)

Esta turba, como la llama el narrador—lejos de ser el pueblo cochabambino que defiende a su patria como un revolucionario legítimo—es una simple masa de gente excitada, ebria y salvaje entre la que se encuentra Alejo, su tío y compatriota sentimental, y otros personajes mestizos, mulatos o indios, que unidos no tienen propósito claro alguno: lo único que desean es vengarse de los españoles. Así, el heroísmo del pueblo cochabambino se diluye frente a esa “turba” potencialmente peligrosa y que, al ser tan irracional, no tiene una razón clara de

ser o de detenerse, como dice el narrador: “¿Quién puede explicar de qué modo se mueve y agita, o se aquieta y recoge; de qué modo aúlla y ruge, o enmudece; de qué modo se enfurece hasta el delirio, o se aplaca hasta la humillación ese monstruo de tantos cuerpos llamado la multitud?” (203). Al final de esta escena, Juanito termina regañando a Alejo que, ya lejos de la turba, vuelve a ser el mismo mestizo aindiado bueno y fuerte que la patria necesita: “En seguida le expliqué la fealdad de su conducta. Él me miró con sorpresa; se ruborizó; se dio una fuerte palmada en la mejilla, castigándose a sí mismo” (204). Con esto, se refuerza la necesidad de un mestizo hispanizado que guíe a los mestizos aindiados, cuya irracionalidad puede ocurrir cuando se encuentran en masa y, por ello, son peligrosos. Queda evidente que esta “turba” está totalmente racializada, porque los únicos que no participan de ella son los criollos o los mestizos hispanizados como Juanito.

En conclusión, el análisis de *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la independencia* (1885) desde una lectura nacional-regional, y desde el foco del modo expresivo melodramático, da cuenta de los esfuerzos del escritor por borrar toda herencia indígena, desde lo racial hasta sus formas sociales, sentimentales y económicas: se cree que estas provocan el retraso de la región de Cochabamba, así como de la nación boliviana, en su camino hacia la modernización, especialmente en una Bolivia derrotada por Chile. El indígena se representa como indiferente ante la guerra y el mestizo aindiado, como capaz de convertirse en turba irracional en cualquier momento. Por ello, solo el mestizo hispanizado, heredero de lo criollo, con una forma afectiva moderna y, por ende, como un revolucionario legítimo que ama a su patria, permitiría la modernización regional y nacional. Es a través de este mito melodramático (re)fundacional que Nataniel Aguirre intenta resolver el llamado problema indígena e intenta reivindicar a una Cochabamba “huérfana” durante la época republicana.

Sin embargo, como lo he ido señalando, existen contradicciones dentro de la novela debido a la realidad material de producción del texto, en la cual coexisten modos de producción coloniales y capitalistas. Sucede esto pese al intento de resolverlas a través del modo expresivo melodramático, donde las fuerzas del mal afectan al huérfano Juan de la Rosa. De esta manera, la imposibilidad de desafiar a la institución mayorazgal, la hispanidad ideológica del supuesto nuevo patriota o la conversión repentina del pueblo cochabambino en turba peligrosa son prueba de que el texto de Aguirre no puede resolver ciertas contradicciones materiales en su ficción melodramática.

University of Pennsylvania

Notas

¹ El tropo del huérfano en la novela del siglo XIX está presente en varias obras, como *Sab, Martín Rivas, El Zarco*, entre otras (Albrighton 2001). Asimismo, es un tropo explorado en la literatura del siglo XX, como en *El amor y otros demonios* de García Márquez (Ianes 1999; González 2005). En el caso específico de la región sur andina, el tropo del mestizo huérfano se repite, con bastantes similitudes a la novela de Aguirre, en *Jorge o el hijo del pueblo* (1892) de la peruana María Nieves y Bustamante. Esta reiteración apoya la hipótesis de este artículo, pues Arequipa, la provincia donde la novela de Nieves y Bustamante ocurre, comparte el discurso del mestizaje hispanizado, al igual que Cochabamba, ambas en países donde lo indígena es dominante.

² Sobre el llamado problema indígena, Larson (2002) explica que una de las grandes preguntas en la segunda mitad del siglo XIX en los países andinos fue “cómo resolver el ‘problema indígena’—interpretado por los discursos criollos como el principal impedimento para el orden y el progreso” (33). Asimismo, Sanjinés menciona: “El principal obstáculo para la conciencia criollo-mestiza fue el llamado ‘problema indígena.’ Ciertamente, el indio ha sido—y todavía lo es a principios del siglo XXI—una fuente de permanente ansiedad para la casta criolla desde las rebeliones indígenas del tumultuoso siglo XVIII” (35). Finalmente, Cruz manifiesta que esta “problemática” está directamente vinculada con la formación nacional, los discursos hegemónicos desde las élites y la resistencia ante estos de las comunidades indígenas (41). Este “problema” se relaciona con la Guerra con Chile. Como menciona Rodríguez, para las élites bolivianas, la pérdida territorial como consecuencia de la guerra no fue un obstáculo para la formación de una nación moderna, pero sí lo era la pervivencia de una sociedad de antiguo régimen, con sus corporaciones y su desorden. Por eso, se arremetió contra los indígenas, quitándoles sus tierras con el pretexto de que eran un “obstáculo a la civilización” y la necesidad de integrarlos a los valores culturales de la raza blanca. Esto condujo a otro de los grandes conflictos de Bolivia: la gran sublevación general de 1899 (34).

³ Muchos críticos han notado que la novela idealiza a la familia campesina cochabambina y su participación popular. García Pabón (1998), por ejemplo, argumenta que lo indígena no tiene lugar en el proyecto de Aguirre, pero que determina sus formas expresivas, estéticas y afectivas (82). Por su parte, Gotkowitz (1997) destaca la participación femenina popular encarnada en la abuela Chepa que repite la frase “no hay hombres,” invitando a otras mujeres a defender la patria.

⁴ El término “pongaje” viene de *pongo*, un indígena que trabajaba gratuitamente como criado en las haciendas andinas.

⁵ Para conocer más sobre las líneas de análisis de la novela, se debe leer a Paz Soldán (1986), García Pabón (1998), Rodríguez Márquez (1992), Skinner (1999), Cornejo Polar (2003), Mercado (2017) y Unzueta (2018), entre otros.

⁶ En *Juan de la Rosa*, Alejo Calatayud, quien en 1730 lideró una rebelión mestiza contra la corona española, se reivindica, representado como el gran antecedente de las luchas por la independencia del siglo XIX.

⁷ Se entiende el mayorazgo en la Latinoamérica colonial como “a system of entailing that enabled lands to be passed on to selected individuals within a family, usually the first-born son in a primogeniture inheritance scheme” (Mirow 64).

Obras citadas

- Aguirre, Nataniel. *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la independencia*. 1885. Biblioteca Ayacucho, 2005.
- Albrighton, Vanessa. *Orfandad y nación en la novela hispanoamericana del siglo XIX: Sab, Martín Rivas y El Zarco*. PhD Dissertation, U of British Columbia, 2008.
- Brooks, Peter. *The Melodramatic Imagination. Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess*. 1976. Yale UP, 1995.
- Cornejo Polar, Antonio. "Las suturas homogeneizadoras: los discursos de la armonía imposible." *Escribir en el aire: ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Latinoamericana, 2003, pp. 81-144.
- Cruz, Edwin. "El 'problema indígena' y la construcción de la nación en Bolivia y Ecuador durante el siglo XIX: la perspectiva de las luchas por la hegemonía." *Diálogos latinoamericanos*, no. 12, 2012, pp. 33-68.
- García Pabón, Leonardo. *La patria íntima: alegorías nacionales en la literatura y el cine de Bolivia*. Plural Editores, 1998.
- González, Aníbal. "Viaje a la semilla del amor: *Del amor y otros demonios* y la nueva narrativa sentimental." *Hispanic Review*, vol. 73, no. 4, 2005, pp. 389-408.
- Gotkowitz, Laura. "¡No hay hombres!": género, nación y las heroínas de la coronilla de Cochabamba (1885-1926)." *El siglo XIX: Bolivia y América Latina*, edited by Rossana Barragán y Seemin Qayum, Institut Français d'Études Andines, 1997, pp. 701-16.
- Ianes, Raúl. "Para leerte mejor: García Márquez y el regreso de la huérfana colonial." *Romance Notes*, vol. 39, no. 3, 1999, pp. 345-56.
- Irurozqui, Marta. "Sobre caudillos, demagogos y otros 'males étnicos.' La narrativa anti-chola en la literatura boliviana, 1880-1940." *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, no. 35, 1998, pp. 189-338.
- Larson, Brooke. *Indígenas, élites y estado en la formación de las repúblicas andinas, 1850-1910*. Instituto de Estudios Peruanos, 2002.
- . "El legado colonial y la formación de clases." *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia. Cochabamba, 1550-1900*. 1992. Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2017, pp. 369-98.
- Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 1923. Biblioteca Ayacucho, 2007.
- Mercado, Martín. "Medio siglo de crítica literaria sobre Juan de la Rosa." *Ciencia y Cultura*, no. 33, 2017, pp. 39-79.
- Mirow, Matthew C. "Conquest and Colonization." *Latin American Law: A History of Private Law and Institutions in Spanish America*, U of Texas P, 2004, pp. 11-94.
- Paz Soldán, Ana María. "Narradores y nación en la novela *Juan de la Rosa*, de Nataniel Aguirre." *Revista Iberoamericana*, vol. 52, no. 134, 1986, pp. 29-52.
- Pazicky, Diana L. *Cultural Orphans in America*. UP of Mississippi, 1998.
- Quirante, Gabriela. *La novela histórica escrita por mujeres en Centroamérica en el siglo XX*. 2017. Universidad de Alicante, PhD Dissertation.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón Ediciones, 2018.

- Rodríguez, Gustavo. "La Guerra del Pacífico y el nacionalismo en Bolivia." *Mensaje*, vol. 61, no. 608, 2012, pp. 33-6.
- Rodríguez Márquez, Rosario. *De mestizajes, indigenismos, neoindigenismos y otros: la tercera orilla: sobre la literatura escrita en castellano en Bolivia*. PhD Dissertation, U Mayor de San Andrés, 1992.
- Salinas, Omar. "Una lectura de lo nacional desde lo popular en *Juan de la Rosa*." *Alternativas*, no. 4, 2015, pp. 1-26.
- Sanjinés, Javier. *El espejismo del mestizaje*. IFEA, 2005.
- Schwarz, Roberto. "The Importing of the Novel to Brazil and its Contradictions in the Work of Alencar." *Misplaced Ideas. Essays on Brazilian Culture*, Verso, 1992, pp. 41-77.
- Skinner, Lee. "Closing History's Door: Nationality, Identity, and the Wars of Independence in Nineteenth-Century Latin American Historical Novels." *Revista Hispánica Moderna*, vol. 52, no. 2, 1999, pp. 300-10.
- Stites, Richard. "The Misanthrope, the Orphan, and the Magpie. Imported Melodrama in the Twilight of Serfdom." *Imitations of Life: Two Centuries of Melodrama in Russia*, editado por Louise McReynolds y Joan Neuberger, Duke UP, 2002, pp. 25-54.
- Tórrez, Yuri. "Cochabamba: ¿Del mestizaje idílico al mestizaje conflictivo?" *T'inkazos*, no. 31, 2012, pp. 25-36.
- Unzueta, Fernando. "*Juan de la Rosa*: proyectos nacionales y la cultura de los periódicos." *Cultura letrada y proyectos nacionales. Periódicos y literatura en Bolivia (siglo XIX)*, Plural Editores, 2018, pp. 179-212.
- Velázquez, Marcel. *Bioteologías novelísticas en la región andina (1840-1905). Lectura y cuerpo*. 2017. Universidad Andina Simón Bolívar, PhD Dissertation.
- Zhang, Zhen. "Transnational Melodrama, *Wenyi*, and the Orphan Imagination." *Melodrama Unbound: Across History, Media, and National Cultures*, editado por Christine Gledhill y Linda Williams, Columbia UP, 2018, pp. 83-97.